

# RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

---

El editor Angel Soto, en una muy erudita introducción, nos presenta el estado actual de la historiografía sobre la prensa en Chile. Una impresionante revisión de las obras generales como también aquellas específicas, nos ubica en un campo que ha tenido y tiene en la actualidad mucha vitalidad. No obstante toda la exploración científica desarrollada, queda sin duda mucho campo por hacer, lo cual explica la contribución que ahora nos disponemos a visualizar.

La profesora Rebeca Earle, de la Universidad de Warwick, Inglaterra, escribe acerca de: "El papel de la imprenta en las guerras de independencia de Hispanoamérica", trabajo publicado originalmente en inglés hace dos años, pero que ha sido un acierto haberle incluido aquí, en primer lugar, pues contextualiza todos los trabajos que vienen a continuación. Los periódicos aparecidos durante el proceso revolucionario independentista, son una fuente histórica de gran valor, y la historiografía actual de dichas revoluciones sugiere que cualquier estudio del paso del Antiguo Régimen hacia la modernidad, en nuestro caso, de la Colonia a la República, debe examinar el papel de la prensa. Ésta, sostiene la autora, por cierto no influyó directamente en la independencia, sino que transformó y amplió la cultura política, aspecto éste imprescindible para crear una conciencia política, sin la cual no es posible ningún cambio en las estructuras de la sociedad. Dicha influencia hay que verla en la consolidación del sistema republicano entonces en vías de asentamiento, esto es, que en el proceso de transformación que se vive al interior la sociedad hispanoamericana decimonónica, la prensa jugó un papel importante en las formas de transmisión de la información. Sin duda, estos cambios complejos y no homogéneos en el amplio horizonte de Hispanoamérica, no tiene un cuadro común, ya que el impacto del periodismo naciente dependía del nivel de alfabetización de la sociedad, como ha sostenido Roger Chartier.

María José Schneuer, investigadora del Centro de Estudios Bicentenario, nos presenta "Visión del «caos» americano y el «orden» chileno a través de *El Mercurio de Valparaíso* entre 1840 y 1850". Independiente, no partidista, liberal y defensor del progreso, interesante el rol jugado por este medio informativo porteño, que termina más tarde por regionalizarse cuando se crea *El Mercurio* de Santiago. Desde un principio, su clara tendencia comercial no impidió que se convirtiera en un vehículo de la cultura, publicando capítulos de novelas escogidas, y también incluyera temas políticos.

En un interesante relato a partir de las editoriales, se advierte la organización chilena y la anarquía circundante en el continente. Si hasta mediados del siglo había que mirar a Europa para crecer, especialmente a Francia, *El Mercurio* de Valparaíso comienza a enfocar su mirada a los Estados Unidos, pues identificaba a este naciente Estado con la civilización. Los ideales de progreso y bienestar que promovía la pujanza del país del norte, lo daban —se decía— las ideas republicanas y democráticas. Tan fuerte fue el paradigma de USA que un editorial llegó a plantear una supuesta superioridad de la raza anglosajona por sobre la hispanoamericana, que nunca ha desaparecido del todo, como es de suyo conocido. Todavía más, el periódico justificaba la anexión de tierras por parte de los Estados Unidos como un producto del comercio y de la civilización, y no como fruto de la ambición despótica, a la manera de Rozas, decía. En medio de estas ideas, frecuentes eran los elogios para la estabilidad de Chile, alcanzando incluso las bendiciones. La crítica al entorno rebela —dice la autora— un sentimiento de abstraerse de los problemas externos, del caos, del desorden, de la anarquía y la barbarie, que son los conceptos que se repiten de continuo. La elite chilena no se sentía parte de esa realidad americana, al menos esa era la percepción que, andando el tiempo construiría la imagen mítica del Chile ordenado y civilizado, autoimagen de un país superior. Y en este mismo sentido, es revelador la persistencia de este imaginario chileno, tan de moda hoy, con nuestra actual realidad política y económica. La segunda, y quizás la más importante lección que debería acompañarnos, es la humildad con la cual ha de transitarse por la historia, porque la estabilidad política ha sido siempre un bien frágil, y si se me permite el contrasentido, la estabilidad ha sido históricamente inestable. No hace mucho Alfredo Jocelyn-Holt reflexionó en torno a este punto en un libro sin duda polémico, pero, por lo mismo, interesante.

El tercer trabajo que presento es el de la joven doctorando Carolina Cherniavsky titulado "*El Ferrocarril* de Santiago (1855-1911). El cuerpo de un diario moderno". La investigadora se propone el intento de hacer calzar al diario *El Ferrocarril* en el cuadro de la prensa decimonónica descrita

por la historiografía, cuadro en el que destaca el periodismo doctrinario, propagandístico, sustentado por hombres públicos que, desechando el afán de lucro y sin criterio empresarial, buscaban en la prensa un medio para hacer público su pensamiento. Evidentemente, *El Ferrocarril* no calza en este esquema, porque en él predomina el interés informativo más que doctrinario, y su posición política dentro del debate nacional queda reducida al editorial y a algún otro artículo. A diferencia de otros intentos periodísticos, éste no habría sido una aventura romántica, como asevera Carolina. Había, pues, criterio empresarial desde su misma fundación al concebirlo como un periódico que debía contar con recursos que, indudablemente, saldrían de las arcas de sus suscriptores. Está claro que su tendencia era liberal, puesto que estaba abierto a todas las ideas y a acoger en sus páginas la discusión de los más diversos temas. Ha sido uno de los periódicos de más larga duración en el país.

El trabajo se adentra en las páginas del periódico, buscando lo que Bernardo Subercaseaux ha llamado "el cuerpo" de un diario, es decir, cuáles habrían sido las principales características que habrían permitido que la historiografía lo haya considerado como un diario moderno. Se trata, pues, de estudiar la estructura del mismo, y no tanto indagar acerca de su postura en determinado tema. *El Ferrocarril* quería presentarse como un espacio para ventilar las ideas y, de paso, convertirse en un lugar público para la discusión de las mismas. Su propósito era transformar a la prensa en sostenedora de una opinión pública, a la cual se le asignaba una importancia capital en el desenvolvimiento económico-social del país y en la continuidad y solidez de los progresos de la civilización.

*El Ferrocarril* quería discutir con la sociedad y para la sociedad, esforzándose por lograr una tan difícil neutralidad, neutralidad que, sin embargo, se hallaba junto al ala liberal del pensamiento político chileno. Por ello, el diario consiguió, desde un principio, garantizarse un autofinanciamiento que le permitiría ostentar una independencia frente a la autoridad. Sus colaboradores constituyen una pléyade de prohombres del pensamiento chileno.

Quien quiera enterarse de cómo y dónde se vendía, a qué hora salía, a qué precio se vendía, cuántas secciones, qué lectores, qué avisos, todo ello podrá encontrarse en esta amplia investigación. La autora ha tomado con acertada sutileza palabras relativas al ámbito de los ferrocarriles para describir al diario; por ejemplo, el FFCC de la mañana, Estación de salida, los vagones, etc.

Nuestro cercano Cristián Medina, profesor de la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica de la Santísima Concepción, el escribe "Periodismo penquista. *El Sur* de Concepción 1882-1899". Cristián le ha dedicado muchas vigiliadas a este tema por lo cual es voz autorizada en la historia de este periódico sureño. Como dice un poeta, el sur también existe. El diario *El Sur* existía entonces. Concepción era una ciudad que prosperaba y ya, por esos años, era manifiesta una cierta identidad, no siempre coincidente con los intereses de Santiago. En medio de una ciudad pujante, nace *El Sur*, teniendo una tradición anterior de varios proyectos y esfuerzos que desaparecieron.

*El Sur* nace radical desde el punto de vista doctrinario, porque el radicalismo estaba muy extendido en Concepción, y a través de este medio dicha corriente de pensamiento pretendía obtener una gravitación que le permitiera posicionarse adecuadamente en el Parlamento. El partido necesitaba un órgano de expresión hacia una comunidad receptiva que rápidamente le acogió. Y no fue solamente Concepción, también *El Mercurio* de Valparaíso expresó su satisfacción por su aparición y elogió su digna factura con estas preciosas palabras: "Un nuevo diario ha aparecido en Concepción. Moderno y bien impreso, ágil y luchador, es un órgano político, comercial y noticioso. Le deseamos prosperidad y esperamos que habrán de soplarle vientos bonancibles, como son los de esa ciudad del Sur".

Desde luego, surgió con una clara postura anticlerical pero no antirreligiosa. El diario se planteó frente a los credos con tolerancia moderada, puesto que, a decir verdad, aspiraba a que se impusiera una libertad de cultos.

Pulsaba el diario el sentir y los problemas regionales. Se preocupó fundamentalmente de los adelantos y registró el progreso de la región. Hasta que llegaron los tiempos difíciles en tiempos de Balmaceda, en que *El Sur* se puso al frente con una actitud pasionalmente antibalmacedista, precisamente en el momento en que el malogrado presidente, en un arrebatado funesto, asumió el poder absoluto. Coyuntura gravísima en que las posiciones se radicalizaron hasta un extremo nunca antes conocido en Chile. *El Sur* llamó a oponerse al presidente, ahora convertido en dictador, tomando las armas de ser necesario. El dictador debía actuar y actuó como siempre. El diario fue intervenido y clausurado entre enero y agosto de 1891. El epílogo trágico resultante de esta locura fratricida es bien conocido, y es de lamentar que esta lección gravísima no haya servido de experiencia durante el siglo XX, que ha debido vivir otro episodio en el que la pérdida del

consenso mínimo nos arrastró a un enfrentamiento violento entre compatriotas. La historia no se repite, sino que somos los hombres, a veces de espaldas a la historia, los que perdemos el horizonte y el rumbo.

El cuarto trabajo le corresponde a Trinidad Saldívar con un tema de suyo interesante, cual es “El papel de los monos. Breve crónica de un tercio de siglo de prensa de caricatura 1858-1891”. La caricatura es un termómetro de la vida cultural y política. El artículo se ocupa de sus motivos y los fines que perseguían. Por cierto, la caricatura no es una expresión nueva, ya que el mundo antiguo la conoció y el mundo medieval también. En Chile los diarios de caricatura surgieron del ala liberal de la política, puesto que asumían la crítica y la ironía como una forma de comunicación de los valores republicanos, aquellos que habían enarbolado los revolucionarios franceses. La prensa buscaba con la sátira corregir todo aquello que debía cambiar. El formato y los contenidos evolucionaron: política, literatura, poesías, ciencias, arte. La sátira, se sabe, se aviene con todas las disciplinas. Se trata de un “arte menor”, pero arte al fin, que requiere de ingenio y mucho conocimiento. Participan grandes pintores, literatos y dibujantes, que deseaban promover sus ideales sociales y políticos, y es de destacar que el espacio ganado se debe a la tolerancia del momento político. Propio del siglo XIX, el sarcasmo y el tono mordaz se apropió de un fuerte anticlericalismo. La Iglesia se adaptó con dificultad y tardíamente a esta crítica, porque, por un lado el gobierno exigía los derechos del Patronato, y por el otro, la ciudadanía exigía libertades.

Había conciencia del poder de esta nueva arma. Pero la revolución de 1859 y el estado de sitio que le siguió, silenció esta clase de publicaciones. Después de 1862, esto es, en la segunda administración de José Joaquín Pérez, se reinicia la prensa de caricatura y alcanza su consolidación. Se asiste a un alejamiento de los ideales literarios para entregarse completamente a la lucha doctrinaria y de barricada, dice la autora.

Los acontecimientos de la segunda mitad del XIX pasaron por la pluma de los caricaturistas; pero la pluma hurgó en la vida privada. Coincide la época con un virulento laicismo que se vió reflejado en una actividad legislativa, que si bien el tiempo ha demostrado que eran necesarias, sin embargo se dio en un clima anticatólico violento y excluyente, de algún modo contrario a los valores profundamente arraigados de la población chilena. En este clima de contienda política e ideológica, la caricatura se vió arrastrada a esa arena. Denunciaban la falta de compromiso evangélico, la riqueza y la ambición de poder que envolvía a la clase dirigente, su desdén por los más desposeídos.

Alejandro San Francisco escribe “Las batallas de la pluma. La Prensa y el odio político en Chile en el prelude de la guerra civil de 1891”. Si María José Schneuer nos presentó el Chile del orden y la seriedad, el del mito, es ahora Alejandro San Francisco el que nos pone ante nuestro ojos ese Chile que pierde el rumbo, una general pérdida de cordura se apodera del alma chilena y el país inicia una marcha ascendente —dice el autor— de descalificaciones y críticas, agresiones personales y políticas, expresiones de odio y amargura, insultos, vejámenes, injurias y conflicto. Tan fuerte fue esta transformación de ese Chile “copia feliz del Edén” que el propio presidente Balmaceda había dejado de leer la Prensa de oposición, pretendiendo descansar de los odios que se repartían a raudales.

Este clima de la más violenta intolerancia política lo refleja con especial crudeza la prensa entre 1889 y 1891, los años finales de la administración del acosado presidente. Pero, en todo caso, el problema no era solamente periodístico, sino que se había instalado en la política un clima de guerra que lo atestiguan igualmente las discusiones en el Congreso Nacional como también los numerosos actos políticos que se desarrollaron antes de la guerra civil.

Alejandro San Francisco se propone, pues, abordar el tema de la prensa y su importancia como antecedente de la guerra civil, buscando exponer el clima de progresivo odio político que se vuelca en esa “guerra de papel” o en las “batallas de la pluma” como afirma el autor. El trabajo comienza por explicar la naturaleza partidista de la prensa de fines del siglo XIX, la cual no se propuso informar, digamos objetivamente, sino que se atrincheró con una bandera para defender una posición y atacar la contraria. Ello porque sus dueños concebían que eran medios naturales para promover una determinada posición política o religiosa, y no instituciones neutrales cuyo fin fuera la entrega de la información, cualesquiera que esta fuere.

Continúa una evolución de la prensa en 1890, la cual abandona la discusión razonada y prudente que se advertía a comienzos de ese año, para entrar en una campaña cada vez más violenta con sus adversarios. Estando cerca la hora de la batalla, la oposición de Santiago acordó a mediados de octubre de 1890 “unir sus esfuerzos para preparar la resistencia por todos los medios legales, mientras el gobierno se mantenga dentro de la Constitución, y por todos los

medios posibles, cuando salga de ella". Es inevitable que el lector de estas páginas, detenga un instante su lectura para pensar en aquella machacona sentencia, de que los pueblos que no conocen su historia, están obligados a repetirla ¿Qué opina Ud?

Se analizan las posiciones de los balmacedistas y de los opositores, poniendo énfasis en los ataques recibidos por José Manuel Balmaceda: preocupación por su estado moral y fisiológico manifestó un diputado; mandatario infautado, decrépito y demente, afirmó un editorial; asesino y corrupto aseguró un hombre público; tirano y rey secundado por unos cortesanos de toda estofa, sostuvo *El Mercurio*. Finalmente, el deterioro de la política y con ella el periodismo, llega a su máxima expresión cuando, buscando poner en duda la virilidad del Presidente, se le retrata como un hombre de aspecto delicado, cabello rubio, ojos azules y facciones de mujer indigna, un verdadero maricón, concluye un poema publicado en abril de 1890. Disculpadme esta irreverencia, que no es sino la de nuestro Chile hace poco más de un siglo. Este lenguaje procaz, a veces indecente y poco edificante, alcanzó también los debates parlamentarios y las cartas privadas ¿Qué podía esperarse de aquella hora funesta? ¿Quién podía detener esta escalada infernal?

Le siguen unas páginas de suyo importantes en las que se tratan los requerimientos que ambos sectores hicieron a las Fuerzas Armadas, en particular al Ejército, para que dirimiera el conflicto que ya había alcanzado extremos muy peligrosos, al quedar enfrentados los poderes del Estado. La difícil supervivencia de los medios de información durante la guerra fratricida merece la preocupación de Alejandro San Francisco, el que concluye con algunas conclusiones que invitan a la reflexión ¿Causó la prensa la guerra civil de 1891? Se pregunta el autor. No, responde con claridad, pero agrega, una cuota de irresponsabilidad ha debido cargar, que podría explicarse en la pérdida de la serenidad, de la cual la clase política tiene la primera responsabilidad.

El siguiente tema es "Los inicios de *El Mercurio de Santiago* en el epistolario de Agustín Edwards MacClure, 1899-1905" a cargo de Patricio Bernedo y Eduardo Arriagada. Se trata de una reimpresión de un artículo publicado en 2002. Utilizando la fuente epistolar del propietario de este diario, el estudio busca, por una parte, entregar algunos antecedentes acerca de cómo se gestó la fundación de *El Mercurio*, los principales obstáculos que enfrentó, los cambios que exhibió y los personajes y las ideas que marcaron sus primeros años de vida. Tres años tardó este periódico en consolidarse, después haberle su dueño introducido importantes cambios a su proyecto original, para transformarlo en un negocio rentable.

La vida de este empresario está indisolublemente ligada a la historia de la prensa chilena. Era hombre perceptivo y vivaz, transforma en 1902 a *El Mercurio* en un matutino, con un formato similar al actual, y funda, al mismo tiempo, un nuevo diario vespertino, *Las Últimas Noticias de El Mercurio*. Reacciona contra lo que él llama "el antiguo sistema de redacción", esto es, no buscar noticias directas y propias. Lo que pedía Edwards era el reporteo, y en ello sintonizaba con los cambios que los principales empresarios periodísticos de Europa y Estados Unidos estaban aplicando a fines del siglo XIX. Los había advertido él mismo en sus viajes, donde dedicaba gran parte de su tiempo a visitar los principales periódicos para estudiar su funcionamiento y sus características. Cuando los ejecutivos periodísticos concentraban sus preocupaciones en los editoriales, Edwards visualizaba la importancia del reporteo. Estaba naciendo la prensa moderna con técnicas para contar historias con estilo periodístico, uso de los titulares y las ilustraciones, incorporación de la entrevista y de la sección femenina, y en estos Agustín Edwards estuvo atento a percibirlos e incorporarlos al diario *El Mercurio*.

Estas y otras muchas innovaciones que los autores presentan en este interesante trabajo, puede el lector obtenerlos y valorar la obra de un hombre adelantado, entusiasta y emprendedor, que supo sobreponerse a los desaciertos que, como en toda empresa que tiene su evolución, obligaron a desandar el camino, a veces, o a reorientar el rumbo, en otras.

Historia de la prensa chilena del siglo XIX, historia de la sociedad y de cómo ella recibió las noticias de su tiempo. Tengo la impresión de que la obra logra el difícil equilibrio que preocupa tanto a los historiadores actuales, cual es, por un lado, presentar una historia de problemas históricos, lo cual quiere decir una historia científica, apoyada en un marco teórico y guiada por un método que dé garantía a las conclusiones, y por el otro, presentar los hechos mismos sobre los cuales se construye el conocimiento científico del pasado, los episodios, las anécdotas, los acontecimientos de superficie, como diría Fernand Braudel, los epifenómenos, de que nos habla la *Nouvelle Histoire*. Atinado equilibrio, no siempre bien ponderado por aquellos colegas que gustan de la Historia de problemas formulados en base a modelos teóricos, a veces muy sofisticados, cuyo resultado, por todos sabido, alejó a la Historia de ese público lector que en el siglo XIX gozó del trabajo de los historiadores. Exagerando el valor de la metodología, esta Historiografía extravió el

rumbo al no percibir que el método tiene como objetivo comprobar una realidad, pero el historiador debe explicarla, hacerla comprensible a un público culto pero no especialista. Esto último fue, precisamente, lo que no se logró. Y entonces, los hechos, la descripción de los mismos, su *racconto*, positivismo decimonónico tan criticado, tuvo que recuperarse aggiornándolo, la *petite histoire*, inserta en la estructura y evolución de los procesos, donde encuentran explicación científica.

Luis Rojas Donat

BERNARD LEWIS, *La crisis del Islam, Guerra Santa y Terrorismo*, Barcelona, 2003, 1ª edición.  
(traducción: Jordi Vidal)

El reputado orientalista Bernard Lewis, profesor emérito de Estudios del Oriente Próximo en la Universidad de Princeton, nos entrega este ensayo acerca del mundo islámico. Se podría decir que es una suerte de corolario en donde sintetiza muchos elementos tratados por él anteriormente en obras como: *Los árabes en la historia*, *El lenguaje político del Islam* y *¿Qué ha fallado?: el impacto de Occidente y la respuesta de Oriente Próximo*. No hay duda de que Lewis es un gran conocedor del mundo islámico, y es, justamente, esa característica la que se deja ver al comenzar a leer la obra que a continuación comentamos.

El núcleo de este libro fue un artículo publicado en *The New Yorker* en noviembre de 2001, el cual ha sido ampliado otorgando nuevas perspectivas al análisis de los procesos que atañen y afectan al mundo islámico en su dimensión interior. Comprender las complejidades que reviste el Islam contemporáneo es una ardua tarea que requiere de un acabado conocimiento de las fracturas internas y de los grupos que coexisten al interior del mismo. Para Occidente pareciera que el Islam es una realidad uniforme y pareja, pero no es así. Siglos de historia, divisiones internas, diferencias en la interpretación de los preceptos fundamentales- que van desde las tendencias más liberales a aquellas más rigoristas- han hecho del mundo islámico una maraña confusa.

En los nueve capítulos que posee el libro, Lewis trata de explicarnos los motivos de las divisiones que en la actualidad existen en el Islam, para intentar establecer el porque de fenómenos como el terrorismo. La tesis principal tiene que ver con la actitud reaccionaria que asume el Islam a partir del siglo XIX luego de la intromisión de occidente por medio del proceso denominado Imperialismo. Las ideas occidentales, el cambio en los sistemas de gobierno islámico, en conjunto con la protesta internas, habrían generado una crisis al interior del Islam que habría llevado a la situación actual. Para comprobar lo anterior el libro se inicia con un breve repaso histórico de los principales hitos de la historia del Islam, luego analiza algunos conceptos fundamentales, principalmente el de Yihad. Haciendo las distinciones pertinentes y definiendo el concepto según la doctrina clásica, hace una breve presentación en donde establece las causas de la deformación de éste. Los capítulos siguientes, desde el cuarto hasta el noveno, son una presentación ordenada de los hechos que han llevado a la crisis; podríamos decir que el centro de la investigación se encuentra en estas páginas.

La asimilación de la idea del progreso y de ideologías como el marxismo, han minado en forma importante el sentido original de la religión y han provocado un cambio en sus concepciones fundantes. Asimismo, el autor plantea los motivos que engendraron el odio del Islam contra los E.E.U.U., estos –desde su punto de vista- tendrían que ver con la *america way of life*, puesto que “los líderes de un extendido y creciente renacimiento religioso buscaron e identificaron a sus enemigos como los enemigos de Dios, y les asignaron “un domicilio y un nombre” en el hemisferio occidental “(pág. 87).

Finalmente, Lewis propone –por medio del argumento del resurgimiento religioso- adentrarse en las causas del terrorismo islámico. Constituye esta parte, quizás la más valiosa del trabajo en comento. Por medio de los diversos elementos que el autor expone en una apretada síntesis, llega a la siguiente conclusión: “ El Corán habla tanto de paz como de guerra. Los cientos de miles de tradiciones y dichos atribuidos, con fiabilidad diversa, al Profeta e interpretados de formas a veces muy dispares ofrecen un marco de orientación muy amplio, del que la interpretación militante y violenta de la religión es una de las muchas opciones. Entretanto, un número considerable de

musulmanes están dispuestos a aprobar, y algunos de ellos a aplicar, esta interpretación de su religión. El terrorismo requiere sólo de unos pocos. Obviamente. Occidente debe defenderse con medio eficaces. Pero a la hora de concebir medios con los que combatir a los terroristas, probablemente sería útil comprender las fuerzas que los impulsan”.

En suma, un ensayo sugerente, bien escrito y ordenado, que si bien no aporta mayores novedades, permitirá al público lego y al interesado, adentrarse en las complejidades que arrastra el Islam moderno y conocer desde adentro su crisis.

Diego Melo Carrasco

NICOLE LORAU, *Las experiencias de Tiresias (Lo femenino y el hombre griego)*, versión española de Vera Waksman, Buenos Aires, Ed. Biblos, 305 págs.

En la década del 20 los helenistas de la “Escuela de Cambridge” (J. Harrison, Fr. Cornford y A. Cook, entre los más destacados) en favor de una mejor comprensión de lo griego pretendieron enlazar los resultados de la filología clásica con los logros de una antropología y luego de una sociología, entonces incipientes. A esa línea de exégesis pertenecen hoy los trabajos de J.-P. Vernant, M. Detienne, J. C. Bermejo Barrera y, entre otros, P. Vidal-Naquet. De esos estudios interdisciplinarios con pretensión omniabarcante -aunque orientados básicamente a lo antropológico- forman parte las investigaciones de N. Loraux, durante años profesora de la Escuela Práctica de Altos Estudios y quien acaba de fallecer a una edad relativamente temprana.

Frente a lo griego, juzgado en un primer momento como un “milagro” fruto de la claridad y la razón, después, por obra de Nietzsche y otros pensadores y, más modernamente, por el luminoso trabajo del helenista irlandés Eric Dodds (cf. *Los griegos y lo irracional*) se lo entiende como una cultura en la que operan luces y sombras, razón y sinrazón, y articulada sobre la base de polos contrastantes -civilización/barbarie, masculino/femenino, helénico/bárbaro-, (empero, en la época clásica, a esa cultura se la ve empeñada en el logro de la libertad y en la conquista de lo racional). A esa línea de análisis que atiende también a los “claroscuros” pertenece este trabajo de N. Loraux orientado al estudio más que de lo fijo y canónico, al de las metamorfosis y la ambivalencia.

Para ese cometido toma como guía la figura de Tiresias, el mítico pastor castigado con la ceguera ya por haber contemplado lo prohibido (vio desnuda a Palas Atenea), ya por haber golpeado con su bastón a una pareja de serpientes mientras copulaban (para una vertiente del imaginario griego este animal encarnaba el alma de difuntos), ya por haber revelado en la disputa entre Zeus y su cónyuge el secreto que nunca debió revelar: que en el terreno del sexo era mucho mayor el goce de la mujer que el del hombre, confesión que Hera nunca le perdonó (conocer esa circunstancia le fue posible ya que Tiresias había mudado de sexo). Refiere el mito que por mediación de su madre (la ninfa Cariclo) la privación de su vista le fue compensada con el don del arte adivinatoria; provisto de ese atributo lo vemos actuar, por ejemplo, frente a Edipo.

En la lectura de N. Loraux la identidad del hombre ya no se opone de manera tajante a la de la mujer, sino que muestra aspectos de las que ambas identidades participan, así, valiéndose de ejemplos extraídos de las epopeyas homéricas, señala la estudiosa que el héroe no pierde virilidad si se apena o llora -como sucede con Aquiles ante la muerte de su amigo Patroclo- o, de manera inversa, la mujer no deja de ser femenina por más que, como las espartanas, se muestre aguerrida.

N. Loraux pone también énfasis en la importancia de la mujer -cuyo papel ha estado opacado a lo largo de la historia- en el desarrollo del hombre griego y, aunque parezca paradójico, incluso en el desenvolvimiento de la *pólis* (el pretender velar lo femenino, según apunta la estudiosa, significó para la cultura griega silenciar una parte de sí misma). Para ello, en una relectura de autores clásicos (en especial Tucídides) hace patente aspectos no muy conocidos de la cultura helénica, los que fundamenta mediante numerosas citas.

Los trabajos que constituyen este volumen apuntan a descubrir esas partes “ocultas”. Muchos de ellos han sido publicados con antelación en forma de artículos; con todo, esa circunstancia no daña la visión de conjunto de esta obra. Entre los tópicos abordados se destacan: “De las mujeres, de los hombres y de la pena” -con un interesante estudio del término *pónos* ‘pena, trabajo,

esfuerzo'-pp. 61/67-; "Debilidades de la fuerza" (donde analiza el *tópos* de "la bella muerte espartana", el "temor y temblor del guerrero" y la contradictoria figura de Heracles, "supervarón" con rasgos femeninos). Está también la búsqueda de "un paradigma heroico del filósofo" para lo cual enlaza tres figuras emblemáticas: Sócrates, Platón y el mítico Heracles.

Amparada en una cita de Jean Austin que le sirve de epígrafe - "más allá de la solemne historia real"- nos ofrece, a modo de conclusión, un perfil sobre la naturaleza de lo femenino en la historia. Completan este volumen un glosario, diversos índices y abundante bibliografía.

Hugo Francisco Bauzá

NICOLÁS CRUZ, *El surgimiento de la educación secundaria pública en Chile. 1843-1876. (El plan de estudios humanista)*, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dibam, Santiago, 2002, pp. 241.

La obra que reseñamos, tiene como propósitos centrales indagar y explicar exhaustivamente la génesis de la educación secundaria o enseñanza media pública en Chile. Se enmarca, cronológicamente, desde 1843 con la creación del Plan de Estudios Humanista aplicado al Instituto Nacional y que tuvo como lineamientos centrales una memoria del sabio polaco Ignacio Domeyko, apoyado por Andrés Bello (quien en el mismo año fundó la Universidad de Chile) y Antonio Varas. Con este último, se generan algunas discrepancias y polémicas sobre la verdadera utilidad del plan humanista en contraposición con uno más científico y moderno. Así, la opinión de Varas -rector del Instituto Nacional- se circunscribía, sobre todo, a una educación que perseguía conocimientos vitales para el "bienestar material" y que sirviesen a un Estado emergente y moderno. El límite superior de la investigación, por su parte, es el año 1876 cuando el estudio de la lengua y literatura latina (o simplemente latín, como era llamado) deja de ser obligatorio en la obtención del bachillerato en humanidades.

Así, en un lapso de treinta y tres años, el profesor Cruz examina todo el debate y la polémica cultural, educacional y política que significó la implantación del Plan de Estudios Humanista. Sus materias de enseñanza, su aplicabilidad práctica y su utilidad en las nuevas generaciones en la naciente república chilena. El choque del latín con las llamadas lenguas vivas y modernas (inglés, francés, alemán); en fin, como a través de esta educación se deseaba formar a jóvenes con un espíritu único, republicano y buen ciudadano. Son estas, algunas de las variadas temáticas que desarrolla, en forma integral, el autor de la investigación.

De la obra de Nicolás Cruz, -profesor de Historia de Roma de la Pontificia Universidad Católica de Chile-, quisiera enfatizar y detenerme en dos aspectos selectos de ella que, en la actualidad, siguen siendo, en alguna medida, centro del debate y de la polémica educacional. En primer término, el lugar de la lengua y literatura latina dentro del plan de estudios. El autor, ausculta la problemática, en forma incisiva y aguda, sosteniendo que ésta era la única materia estudiada por una hora, todos los días y por un espacio de seis años. Así, tenían nociones de gramática y de "traducciones fáciles" en el primer y segundo año, en el cuarto "traducciones escritas"; para finalizar en el sexto año con las lecturas totales de los grandes poetas historiadores y humanistas del fin de la Roma republicana (Cicerón, César, Salustio y Tito Livio) e inicios de la era imperial (Horacio, Virgilio).

Cruz es enfático en señalar y demostrar el error persistente cometido por diversos autores en el sentido de llamar simplemente "latín" a estas materias tratadas en los seis años y no denominarla como debe ser: "lengua y literatura latina". Esta observación la precisa partiendo de la interrogante de ¿cuál era la materia específica propuesta para el plan de estudio de 1843?

Aún más, en otra problemática, el autor se pregunta ¿de qué manera este estudio de la lengua y literatura latina serían y eran útiles en los jóvenes chilenos y americanos en una república naciente y en proceso de consolidación?. Con el correr de la lectura se aprecia a través de la rica documentación sostenida que el estudio y la lectura de los "clásicos" tenía como propósitos centrales formar un "buen ciudadano", fomentando las virtudes cívicas en los jóvenes. En fin, concebir y educar a un individuo culto, racional y virtuoso que, en cierta medida, corresponde a la fórmula romana del *vir bonus* como equivalente a *optimus civis*.

De esta forma, el profesor debía -en la teoría y en la práctica- enseñarle a los alumnos la historia de Roma paralela al estudio de la literatura, como asimismo, la historia asociada al



derecho romano para servir de base a futuras carreras profesionales como leyes. Por otra parte, los estudiantes también tenían que tener conocimientos de mitología y religión para hacer más legibles y clarificar a los poetas. Para ello, “la enseñanza de los clásicos, especialmente los romanos, venía a formar al ciudadano en el sentido más tradicional de esta palabra, esto es, jóvenes formados al calor de los grandes ejemplos de los tiempos más antiguos de la historia, y no necesariamente a partir de los hechos más inmediatos, tanto en lo cronológico como en lo geográfico. En el conocimiento de la Antigüedad, narrada magistralmente –según los ilustrados– por poetas, oradores e historiadores, se nutría el compromiso del individuo con la sociedad (Cicerón), la necesidad de resguardar el Estado contra la corrupción (Salusio), el empeño por defender el territorio en el caso de que las fronteras se viesan amagadas (Tácito)” (p. 90).

El autor llama la atención en reiterados párrafos del texto, la distancia que se produce entre las “disposiciones contenidas” en el plan de Estudios Humanista y las verdaderas posibilidades de su aplicación en el Chile de 1850. De esta problemática, surge un segundo aspecto que dice relación con la implantación del plan de estudios en los liceos de las ciudades cabeceras de provincias: Concepción, La Serena, Talca y Valparaíso.

No fue un intento “regionalista” de buscar y concretar un plan para estos establecimientos, sino más bien una imposición centralizada de la capital y, particularmente, del Instituto Nacional. Lo concreto y positivo de los liceos provinciales, –a pesar de sus problemas financieros, logísticos y de profesores capacitados– es que se convirtieron en puntos neurálgicos, relevantes y centros educacionales–culturales en las provincias. Tuvieron un marcado interés por una educación eminentemente práctica, utilitaria que sirviese a los requerimientos y necesidades del momento y de cada región. Particularmente, fundado en 1838, el liceo de Concepción era ya hacia mediados del siglo XIX un centro que comenzaba a tener una significación en la preparación de los jóvenes; a partir del quinto año podían iniciar sus estudios de Derecho. El nuevo plan de estudios se decretó oficialmente en 1845, demoró un tiempo en establecerse y consolidarse; sufrió transformaciones con la revolución de 1851 y las dificultades mayores “radicaron en las materias científicas y en la enseñanza de las lenguas” (p. 158).

La obra del profesor Nicolás Cruz –inserta en el campo de la historia de la educación chilena– es un trabajo acucioso y metódico con un rico material documental de la capital, privilegiando, además los archivos de los liceos provinciales y diarios locales. Esta compuesto, asimismo por diversas fotografías, imágenes y cuadros que ayudan a recrear el espacio histórico–geográfico de los intelectuales, profesores, alumnos y liceos de la segunda mitad del siglo decimonónico. Sin duda, es un aporte al conocimiento de la conformación de la naciente república chilena y cómo en ella, la educación secundaria pública jugó un rol destacado. Precisa el autor: “Hoy podrá criticarse que la educación impuesta por los gobiernos fue excesivamente elitista y centralizada, que ahogó los intereses de las provincias, etc., pero no se puede desconocer que en su clave fue eficiente y que jugó un papel de primera importancia en la constitución de la sociedad chilena independiente” (p. 229). De esta forma, la idea actual de que la educación de un Estado está determinada por la naturaleza y estructura socio–política de un país, es perfectamente aplicable al exhaustivo texto que reseñamos. Por otra parte, de la misma investigación se desprende que la historia de la educación representa un marco de referencia necesario para la comprensión de las situaciones educacionales actuales. Es un hecho que la educación ha servido de vehículo transmisor de las distintas tradiciones culturales entre sí facilitando su conocimiento, contribuyendo a su adopción y manteniendo un proceso de desarrollo fecundo. Como bien resalta en su clásica obra J. Bowen, (*Historia de la educación occidental, I, el mundo antiguo*, 1976, p. 15) “la educación se ocupa de la preservación de una conciencia social y cultural, así como de la transmisión de una tradición informativa que constituye la base de la civilización”.

Los temas, conflictos y polémicas curriculares han sido constantes en la evolución de la educación chilena. Por esto y aún más el libro del doctor Cruz es una válida contribución para la comprensión de la génesis y el desarrollo de la enseñanza secundaria, más allá de los tecnicismos irrelevantes y de las visiones sesgadas generales y teóricas que plantean ciertos especialistas del currículum, de la pedagogía y de la educación chilena. Su lectura, es totalmente recomendable para estudiantes y profesionales de la educación, como también para los estudiosos de la historia.

**Alejandro Bancalari Molina**